

El último gobernador civil

ARCADI ESPADA

La noche que lo nombraron gobernador civil, durante el invierno de hace 11 años, su mujer comentaba a través del teléfono.

—Ahora mismo nos íbamos al recital de **Lluís Llach**.

—No está mal para un gobernador civil.

—Bueno, los tiempos están cambiando.

—Y corearán *L'estaca*, claro.

—No veo por qué no íbamos a hacerlo.

Eso era el cambio, entonces: un gobernador civil coreando *L'estaca*. Ese instante duró poco, pero fue muy nítido. **Cardenal** había llegado al oficio de gobernador gracias al cruce de amistades con **José Barrionuevo** —ministro del Interior entonces e inspector de Trabajo como él— y **Narcís Serra**, con el que había colaborado en la Generalitat provisional y en el Ayuntamiento de Barcelona. Tenía 37 años y su militancia en el socialismo era reciente: de la transición democrática ya bien entrada. Del Cardenal jovencito y revoltoso, con ansias de labrarse pronto un historial opositor a la altura de los tiempos, se cuenta una anécdota malvadísima, insegura: iba con otros manifestándose frente al propio edificio del Gobierno, airado y chillando. La policía contemplaba la escena con la tensa calma del que no sabe a qué lado va a caer la moneda de la historia. Pero quieta. Exasperantemente quieta. El jovencito se encaró con el agente más próximo.

—¡Deténgame, vamos, deténgame!

Al agente no le dio la gana, simplemente, y el jovencito se quedó sin la medalla de una

detención que en aquel tiempo era ya más salvoconducto que galera. La anécdota viajó a través del tiempo: el jovencito acabó mandando a toda la policía de Barcelona, incluyó el agente inmóvil. El cambio.

Reyertas épicas

Ha sido el gobernador barcelonés que más ha durado en su puesto. Hace unos meses superó la ostentosa marca del muy franquista **Acedo Colunga** —aquel que llamaban *la mula*—, cuyo máximo placer consistía en meter en la cárcel al máximo número posible de burgueses catalanes: la familia **Gari** bien lo sabe. Durante los primeros años de su mandato, hasta que la suerte —absoluta— socialista fue decayendo y el mundo convergente empezó a aplicar su hegemonía imparabla en Cataluña, Cardenal creyó que representaba la única oposición visible y eficaz a **Pujol**. Sus reyertas con **Macià Alavedra** —consejero de Gobernación— y con aquel mocito sin escuadra llamado **Miquel Sellarès**, a propósito del funcionamiento policial en Cataluña, fueron épicas. Algún día será necesario repasarlas para saber cómo acabó construyéndose aquí el Estado de las autonomías. El gobernador se limitaba a aplicar en esas reyertas la lógica de un Estado que probablemente ya no existía: sus rivales, la lógica de un Estado que probablemente no existía todavía. Saltaron chispas.

Obviamente, Cardenal perdió esa batalla

—la de encabezar la única oposición a **Pujol**—, tal como había predicho desde los primeros compases el muy listo **Martí Jusmet**, quien junto con el gobernador acabó por componer un *duetto* en el que los papeles estuvieron perfectamente repartidos. Un *duetto* de malicia, sutilidad y mano izquierda, y de sinceridad, legalidad y mano firme que el tiempo acabará por sancionar de manera positiva. En todo caso, su tardío convencimiento sobre la inexorabilidad de la derrota frente al pujolismo tuvo efectos positivos para Cardenal. Se recluyó en su palacio cercano al mar, instalado como el capitán de un buque de alta presencia pero de bodega vacía en un espacio de nadie, equidistante entre el Palau de la Generalitat y el del Parlament. Trabajó con la misma seriedad y responsabilidad de siempre, pero calló. Nadie puede negarle su contribución al éxito policial de los Juegos Olímpicos ni la parte que le toca en el hecho de que Barcelona sea hoy una ciudad más libre y segura que cuando llegó al mando.

Ahora el último gobernador civil —podrán sustituirle *in texto*, pero este Estado viaja al futuro sin ellos o como máximo con su carcasa— andará entre un rastro de tricorrios. Prefería la empresa privada, pero la vida se ha puesto difícil para todos. Prefería seguir en Barcelona, y sólo conservará los veranos —elegantemente mesocráticos— de Sant Pol. Nunca se imaginó entre policías y ha acabado convirtiéndose en un especialista. El cambio, sí.